

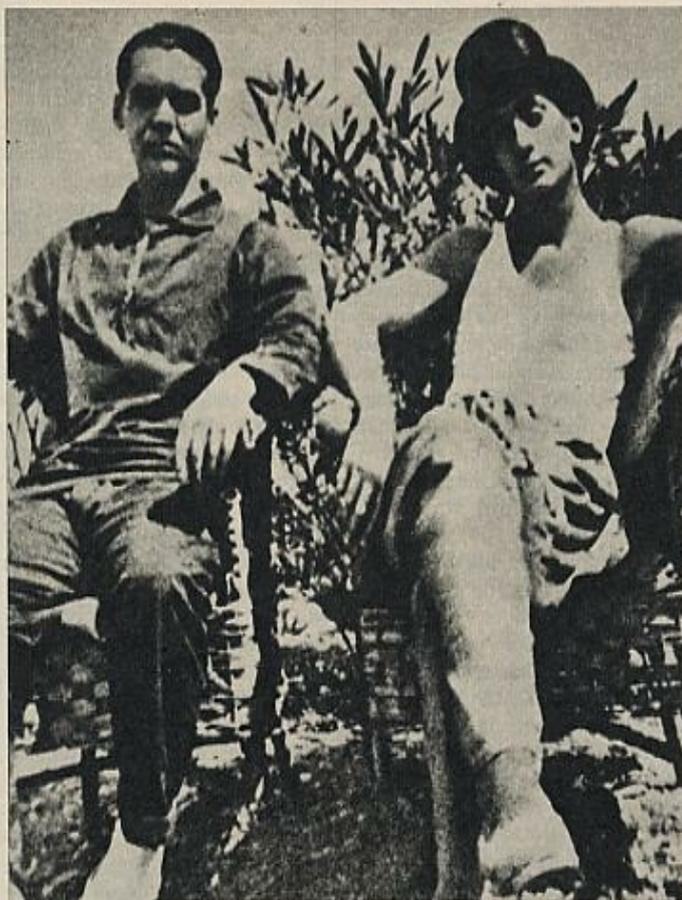
gico que otorga a este libro su intensidad es haber centrado la atención —una vez conocidos sus protagonistas— en la contienda misma. Petschen se ha atenido rigurosamente al Diario de Sesiones, desoyendo probablemente la peligrosa tentación de irse por los cerros de Ubeda de tantas cosas más. Y, sin embargo, no sólo reconstruye ante nuestros ojos toda la realidad discursiva de aquellas sesiones, toda la vitalidad con que se enfrentaron las diversas ideologías, sino que logra que tras de ellas nos acechen los hombres que las sostenían. Pi y Margall, Castelar, Montero Ríos, Valera... Al dejarlos hablar, sin escamoteos ni manipulaciones, Petschen, los resucita, les quita de encima las losas de los tópicos que los sepultaban y nos pone delante sus nobles siluetas, tan inteligentes, tan simpáticas, tan actuales.

Dice, por otra parte, mucho de la ecuanimidad de juicio y neutralidad científica del autor que no podamos por menos de considerar con respeto las figuras y las ideas de aquellos que el cambio histórico y religioso ha hundido en una lejanía irremisible: los representantes del clero, García Cuesta, Monescillo, Manterola. Lejanísimos, aunque sus palabras reaparezcan aún en algunos labios de ahora.

La obra de Santiago Petschen contribuye de forma decisiva al conocimiento de uno de los aspectos menos tenidos en cuenta hasta hace muy poco de la conciencia liberal en España: el religioso. En alguna ocasión, hasta se ha negado la existencia de un catolicismo liberal entre nosotros. "Catolicismo liberal" o "liberalismo católico" —dos expresiones correlativas que no es del caso calibrar—: un vasto fenómeno histórico-cultural que necesitamos conocer a fondo, pero que de ahora en adelante no podrá ser ignorada. ■ FRANCISCO PEREZ GUTIERREZ.

"García Lorca en Cataluña"

Cuando, en un curso del Gabinete de Teatro de la Universidad de Granada, se planteó cuál



García Lorca con Salvador Dalí, en Cadaqués.

podiera ser el tema de un trabajo colectivo, buena parte de los asistentes optó por el personaje de Mariana Pineda. Además de la vinculación de la vida y de la muerte de Mariana a la historia de Granada, a la sociedad de Granada, existía otra razón importante: la posibilidad de utilizar, al margen de los puntos de vista de García Lorca y Martín Recuerda en sus correspondientes dramas dedicados al personaje, un texto titulado "Dos mujeres granadinas del siglo XIX: Mariana de Pineda y Eugenia de Montijo", precisamente de Antonina Rodrigo, la autora del libro que queremos comentar ahora.

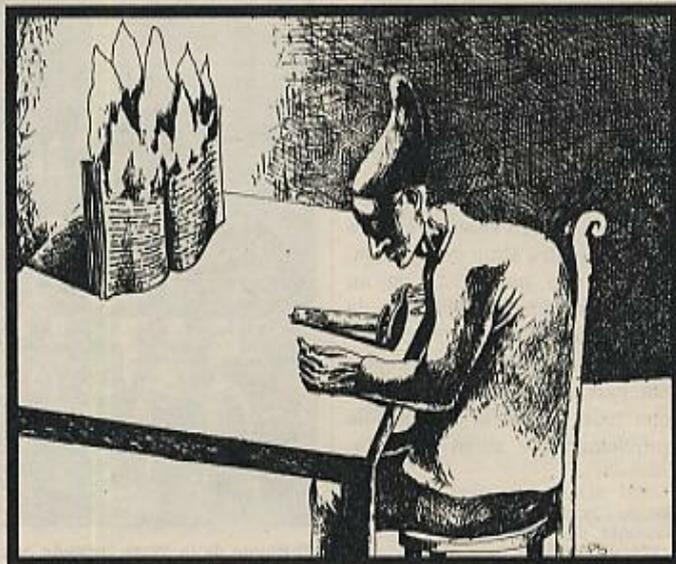
La posterior publicación de "Margarita Xirgu y su teatro" confirmó la personalidad de la escritora. Información, espíritu liberal y capacidad para ordenar los datos. De "Margarita Xirgu y su teatro" no hicimos ninguna crítica porque TRIUNFO debe un reportaje a la memoria de la actriz catalana y pensamos que el libro de Antonina Rodrigo habría de ser entonces ampliamente citado.

Trasladada la escritora, por

razones profesionales, a Cataluña, "Margarita Xirgu y su teatro" era ya una asociación entre el mayor dramaturgo de su tierra —Federico García Lorca— y la más significativa de las actrices de su nueva residencia. Ahora, "García Lorca en Cataluña" —de Editorial Planeta— no hace sino ahondar y ampliar esta relación, ciertamente curiosa y muy expresiva de la perso-

nalidad de Federico: porque él solo casi se bastó para crear una imagen del recíproco interés entre la vida literaria barcelonesa y la de Granada.

La historia tiene tres tramos, a cada uno de los cuales dedica Antonina Rodrigo en su libro la correspondiente atención. El primero corresponde a la fuerte amistad entre Federico y Salvador Dalí, fraguada en la Residencia de Estudiantes y origen de las estancias de Lorca en Cadaqués. La autora procura contarnos de principio a fin la historia de esa amistad, liquidada por las actitudes dalinianas anteriores al 36, e incluso de difícil memoria hoy ante ciertas manifestaciones del gran exhibicionista catalán. El segundo tramo estaría ligado a la constante colaboración de Lorca con la Xirgu, que no sólo le estrenó o repuso casi todo su teatro —viendo el autor, desde "Mariana Pineda" a "Doña Rosita la soltera"; después de su muerte, "La casa de Bernarda Alba"—, sino que mantuvo con él una singular identificación. La Xirgu, por ejemplo, estrenó obras de Marquina y los Alvarez Quintero, de todos los cuales fue buena amiga, y, sin embargo, a nadie se le ocurriría, al menos desde la perspectiva actual, pensar que la actriz no estaba mucho más cerca de Federico que de dichos autores. Lo que quiere decir que cada vez que el granadino fue a Barcelona para trabajar junto a la Xirgu en el montaje de sus obras, encontró en la actriz una vía idónea para



penetrar en un determinado campo de la cultura catalana, en el que se movió cómodamente.

Quedaría aún el tercero y, a mi modo de ver, más importante capítulo de esta historia: el decidido interés de Lorca por el pueblo catalán, sus recitales en el Ateneo Enciclopédico barcelonés, su presencia ante los auditorios populares, su amor a la humanidad de la Rambla, su verdadera amistad con muchos intelectuales —grandes y pequeños— de la ciudad, su decisión de escribir en catalán. La entrega que, en su Granada, hace de las páginas de "El Gallo" a los escritores barceloneses —que le enviaron diversos trabajos— es algo verdaderamente ejemplar frente a las jerarquizaciones de nuestro centralismo. De Cataluña llega, pues, parte de esa carga que ha hecho de "El Gallo" la publicación más escandalosa en el ámbito de la cultura putrefacta de Granada. Paralelamente, Cataluña le da a Federico la comprensión —basta cotejar las críticas madrileñas de "Yerma", insultantes en más de un caso, con las muy cordiales que la prensa barcelonesa dedica poco después a la misma obra— y el estímulo que en tantas partes se le regatea. El hecho de que fuera en la galería Dalmau, de Barcelona, en 1927, a raíz de estrenar la Xirgu "Mariana Pineda", donde Federico presentase su primera exposición de dibujos, no deja de ser otro dato expresivo de la hospitalidad intelectual que el granadino encontró siempre en Cataluña. ■ J. M.

Antonio Espina: Voltaire en su siglo

"Casi todos los franceses pensaban como Bossuet. De pronto piensan como Voltaire. Es la revolución, escribió Paul Hazard a propósito de los años finales del siglo XVIII. Aunque el proceso no fuera tan repentino, hay mucho de certero en esta contraposición Bossuet-Voltaire; entre el obispo sacralizador del absolutismo monárquico ("poder sagrado, paternal y absolu-



Antonio Espina.

to") y el hombre de letras anticlerical y cuestionador, que llenará con su personalidad y con su obra buena parte de ese siglo XVIII.

"Voltaire y el siglo XVIII" se ha titulado ahora un viejo texto de Antonio Espina, rescatado por manos amigas y editado por Júcar (1), siguiendo en su título una tradición muy asentada en Francia y fuera de ella (2) y que hizo exclamar a Víctor Cousin: "El verdadero rey del siglo XVIII fue Voltaire". Esta edición se une a las no escasas lanzadas en España con obras de Voltaire o sobre Voltaire (3).

Espina considera a Voltaire el hombre más representativo del siglo XVIII. Y dice: "De su herencia vive la cultura moderna en lo que mejor tiene, y alienta en ella lo que no puede morir, a pesar de transitorios desmayos: la conciencia liberal". Mucho tuvo, en efecto, de con-

(1) El texto de Espina apareció por vez primera como estudio previo a la edición de novelas y cuentos de Voltaire publicada por la Biblioteca de Cultura Básica de la Universidad de Puerto Rico, con traducción del propio Espina (México, 1956, Talleres Gráficos La Nación).

(2) Por ejemplo: G. Desnoiresterres: "Voltaire et la société française au XVIII^e siècle", 1867-1876; o la más cercana "La edad de Voltaire", de Will y Ariel Durand, Editorial Sudamericana, 1973.

(3) "Voltaire según Voltaire", René Pomeau, Lais, 1973. "Voltaire", Carlos Pujol, Editorial Planeta, 1973. Las diversas ediciones de "Cándido", en Alianza, Ciencia Nueva (versión del abate Marchena), Edaf, Mundilibro, Mateu... "El ingenio", en Ediciones de Centro, Júcar, Barcino, Gorg...



Voltaire.

ciencia y así lo ha señalado Fernando Savater recientemente (TRIUNFO, número 676), al compararle al Zola del "affaire" Dreyfus o al Russell del Vietnam; y ello le llevó a ser apaleado, encarcelado, exiliado y huido. Esto casi al tiempo de una vida que si llegó a ser la de filósofo cortesano, nunca cayó en la de bufón real. Así, por ejemplo, a pesar de su amistad y admiración por Federico II de Prusia, no dudó en atacarlo cuando lo estimó necesario...

Cultivador de casi todos los géneros, Espina cree que Voltaire puede ser considerado como el primer historiador moderno y así lo ratifica Paulino Garagorri en el prólogo a una de las recientes ediciones de cuentos de Voltaire (en Alianza Editorial, 513), con traducción precisamente de Antonio Espina.

No es cosa aquí de insistir más sobre la personalidad de Voltaire y sí la de terminar recordando la olvidada de nuestro Antonio Espina, muerto en el olvido hace ahora cuatro años y del que escribiera Juan Ramón: "Parece que Espina rejuaga, anima, sopla, vuela la flor mustia que Figaro dejó entre las hojas secas de la enciclopedia" (4). ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

(4) Sobre Antonio Espina, ver TRIUNFO, número 492, necrológica de José Luis Cano; y 546: "En memoria de Antonio Espina", de José Antonio Gómez Marín. El texto de Juan Ramón Jiménez pertenece a "Españoles de tres mundos".

CANCION

La poesía y su pueblo

Ramón Muntaner cantó en el teatro Romea el pasado día 4. El teatro estaba lleno hasta los topes, y una cola de jovencísimos catalanes tuvieron que regresar a sus casas sin poder entrar. Muntaner tenía que cantar antes en el Romea, pero el teatro de la calle de l'Hospital se incendió y su recital fue aplazado. Hay quien dice si Muntaner es gafe, porque se incendian los teatros donde canta y se hunden los entoldados de las fiestas mayores que le contratan. Quizá es más gafe moral, porque le han prohibido nueve canciones de las previstas. Pero no hay que tomarlo demasiado a pecho: quizá todos somos gafes, quizá el pueblo catalán lleva ya demasiados años siendo gafe. El público estaba dispuesto a todo, a gritar, hasta producir una especie de afonía colectiva, aquello de **Amnistia, llibertat, estatut d'autonomia**, para ver si se enteran de una vez, y los recitales de canción se convierten en simples recitales de canción y gente como Solé Tura pueda preparar sus oposiciones, Jordi Carbonell irse a Caller a dar sus clases, Josep Benet acabar sus libros, Semir dedicarse a su despacho y así tantos que, por ahora, lo representan todo en este pueblo que tan fácilmente se identifica con sus cantantes, con sus poetas y con sus políticos. Resulta curioso el hecho de que hoy todo, absolutamente todo, va ligado a esa necesidad fisiológica de despertar de una vez.

También surgieron banderas catalanas y las pequeñas luces que vibraban con los gritos de amnistia y **Fora censura!** Pero en orden, el perfecto orden de los que están deseosos de garan-